

UN MANUSCRITO AFORTUNADO

El escritor y bibliófilo chileno don Benjamín Vicuña Mackenna, desterrado de su país por motivos políticos, hallábase una noche de noviembre de 1859 en una librería madrileña, “especie de covacha de la calle de Carretas”, y revolvía libros y papeles con la vaga esperanza de descubrir algo y la certeza de tiznarse en la pesquisa como un deshollinador, cuando el propio librero, don Fermín Cuesta, envejecido en el oficio y aquella vez cegado por los dioses que guiaban los pasos del cliente, arrojó sobre el mostrador un voluminoso legajo que alzó nubecillas de polvo a sus costados.

—Vea usted eso, que es de América — dijo el rancio español, señalando el envoltorio que parecía humear. Y agregó honradamente: —Yo no sé lo que contiene; pero, si le gusta, lléveselo usted por una onza de oro, que es mi único y último precio.

El chileno tomó en sus manos, con osadía de explorador, aquella cosa cubierta de telarañas, y le echó un vistazo. Apenas pudo reprimir su sorpresa y ahogar un grito. Sintió que su corazón aleteaba como un pájaro que busca salida. La covacha del librero nublóse mucho más de lo que habitualmente lo estaba, hasta evaporarse ante los ojos de don Benjamín... Acertó a pagar el doblón, cargó el lío como si lo robara y salió huyendo hacia la miserable fonda de la calle del Conde de Pontejos, donde se hospedaba. Al llegar a ella, jadeante, radiante, buscó a su compatriota y compañero de cuarto don Diego Barros Arana. Ambos se perdieron en los amarillentos folios como en un bosque edénico. El manuscrito, de 1.109 páginas “de letra clara y metida”, muy bien conservado, y al que sólo le faltaba el primer pliego del índice, era el de la *Historia de la conquista de la provincia del Paraguay, Río de*

la Plata y Tucumán, del jesuíta Pedro Lozano, fechado en Córdoba de Tucumán el 8 de junio de 1745, diez años antes de la impresión de la *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, del mismo autor. ¿Sería ese manuscrito el original de la obra nunca impresa? ¡Noche de cavilaciones, de exaltación, de conjeturas, de embriaguez celeste, de insomnio vibrante, en el cuartucho de una posada madrileña! Pero Barros Arana, menos impresionable que su amigo, y sobre todo menos parcial en aquel caso, recuperó el buen sueño mucho antes; y tiempo después, desde París, escribió en la posdata de una carta a su amigo argentino D. Bartolomé Mitre, lo que sigue: “Sobre el manuscrito de Lozano que compró Benjamín, le diré que contiene la misma materia que la copia que posee Lamas y que yo registré en Río de Janeiro. Benjamín hace confusión sobre si es o no autógrafo, etc. Yo no me atrevo a decirle ni lo uno ni lo otro; pero me inclino a creer que sea copia coetánea de Lozano, corregida en parte por éste mismo. Sin embargo, no vaya usted a creer que ese manuscrito sea de gran importancia para la historia argentina. Se parece demasiado al deán Funes y a mi juicio no puede formar autoridad”.

Mientras tanto, el dichoso poseedor había puesto en una caja el gran legajo, e indicado que la expidieran a su agente en París. Pero no se le ocurrió pensar en el duende que trastruca los envíos postales. Y el Puck estafetero remitió al corresponsal parisiense numerosos ejemplares de cierto *Manual del cabo*, y a un cuartel militar de Zaragoza, donde los esperaban, el legajo secular del jesuíta. Catorce meses de paciencia costó deshacer el embrollo; corrieron varios otros antes de que el extraviado llegara a su último destino. Finalmente, el propietario y su tesoro reuniéronse en Chile dos años después de haberse conocido en España, y el que podía hacerlo habló minuciosamente del otro en la *Revista del Pacífico* de Valparaíso.

Con anterioridad a este feliz encuentro, el señor Vicuña, que ya lo descontaba, había ofrecido en venta al gobierno de Buenos Aires, en la suma de mil pesos, el errante manuscrito, por intermedio del cónsul argentino en Valparaíso, el bibliógrafo don Gregorio Beéche, quien a su vez comisionó a su amigo don Juan María Gutiérrez, rector de la Universidad

porteña, para que se lo propusiera al gobernador de la provincia, general D. Bartolomé Mitre. La oportunidad no parecía propicia para esa clase de gestiones. Era el mes de septiembre de 1861. La guerra entre Buenos Aires y la Confederación hacíase inevitable. El 17 chocaron los ejércitos en el campo de Pavón, y el general bibliófilo derrotó al adversario. . . Al comenzar octubre, el doctor Gutiérrez, en sucesivas esquelas, felicitaba al vencedor, le pedía protección desde Buenos Aires para los miembros de su familia que estaban en Rosario, hacia la cual se dirigía aquél con sus tropas, y se disculpaba de “haber intentado distraerlo de cosas graves del momento”, ¡hablándole del manuscrito del padre Lozano!

Tres días antes del de la batalla, don Gregorio Beéche había fechado en Santiago de Chile una carta que don Juan María Gutiérrez no recibió hasta dos meses más tarde. Decíale en ella:

Al fin se ha recogido el manuscrito del padre Lozano, el que después de tantas andanzas fué a parar a Lima, de donde se ha remitido por último vapor; Vicuña me lo mandó a casa para que lo examinara, lo cual hemos verificado con Jacinto Peña, quien conoce mucho el original, que estaba en la biblioteca de Buenos Aires, dos tomos de letra muy clara y limpia, con índice de capítulos e índice alfabético de materias. Al índice de capítulos del primer tomo le falta un pliego, que será fácil reponer. Tiene en la protesta de fe, de ordenanza en los escritos de su tiempo, la firma original del autor, y también son originales las notas marginales y varias adiciones y correcciones. Claramente se conoce que es una copia remitida por el autor a España, para que se imprimiese. Fácilmente me habría podido quedar con el manuscrito por 200 pesos; pero entregué su primera carta para Vicuña y también le he leído lo que usted me decía sobre el asunto en su ya citada carta que contesto. Dice Mackenna que no quiere volver a correr aventuras con su manuscrito, y me ha pedido le diga a usted que entregará el libro aquí y que se le manden los 1.000 pesos en una libranza o de otra manera. Me ha dicho que la Universidad quiere tomarlo, y que Amunátegui le ha hecho indicaciones de que se le darían 500 pesos; pero que él ha contestado que lo regalará a la biblioteca de Buenos Aires si no le dan los mil pesos. Me ha dicho Vicuña que está haciendo un trabajo sobre Lozano y sus obras para que se publique en la *Revista del Pacífico* . . .

Gutiérrez trascribió esa carta al general Mitre, apenas recibida, o sea el 13 de noviembre de aquel año de 1861, y agregó de su parte:

Debo decir a usted que no le he recibido carta de Vicuña, como lo sospechaba Beéche. Parece, pues, que es genuina la copia de la historia extraviada, si es que el examen de Beéche y de Peña ha sido verificado con la inteligencia que el caso requiere, de lo cual puede usted juzgar mejor que yo, y por lo tanto encojo mi parecer ante otro más competente. Si usted tiene ocasión y gusto y voluntad de ocuparse de este negocio, le será fácil desde ahí dar sus órdenes y escribir a Beéche o al tenedor del manuscrito “para los fines consiguientes”. Esa obra es un monumento patrio, y no creo impropio que emplee usted unos minutos en su restauración, aun agobiado por las tareas políticas y militares del momento. No comprendo cómo mi corresponsal y amigo pudo haber adquirido el manuscrito en 200 pesos antes de mi carta, pues como usted ha visto, Vicuña fijó el precio de mil pesos en la misma ocasión en que propuso la venta. Mi carta se redujo a decirle, conforme a lo que usted me expresó, que el gobierno de Buenos Aires daría esa suma cuando el manuscrito estuviera en sus manos. De todos modos, y en precaución de cualquier inadvertencia, creo que en caso de comisionar a Beéche o a otro para consumir el negocio, sería bueno mandarle nuevas instrucciones y la forma del contrato, para evitar que no confundan el manuscrito con la obra impresa del mismo autor, cuyo título es *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, Madrid, 1754, dos tomos folio. La historia manuscrita que existía en la biblioteca de Buenos Aires está registrada en el número 3149 de la “Gaceta Mercantil” del lunes 25 de noviembre de 1833, con este título: *Historia de la provincia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, escrita por el padre Lozano, de la Compañía de Jesús. Comprende desde el descubrimiento de dichas provincias con la serie de sus gobernadores, ilustres señores obispos, hasta el año 1736. (En folio contiene 745 páginas, forrado de pergamino) ¹⁾.

1) Acerca del conocimiento que tenía de ese manuscrito D. Juan María Gutiérrez, recordemos la siguiente referencia de D. A. Magariños Cervantes:

“Entre los muchos actos de reparación a que contribuyó el ministerio de gobierno [desempeñado por el Dr. Gutiérrez] en aquella época [1582, durante la gobernación de D. Vicente López], hay uno que debe estar consignado en la correspondencia oficial de la Biblioteca pública, en la fecha en que D. Marcos Sastre era su director o conservador...

“En la Biblioteca de Buenos Aires existió, entre sus pocas perlas, el manuscrito autógrafo de la *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, escrita por el P. Padre Lozano, de la compañía de Jesús. Comprende desde el descubrimiento de dichas provincias, con las series de sus gobernadores e ilustrísimos señores obispos, hasta el año 1736. (Un volumen en folio de 745 págs. en pergamino).

Muchas veces Gutiérrez le había tenido en sus manos con veneración; pero en una edad y en una época en que no le era posible pensar

Pasaron cuatro meses. El 24 de marzo de 1862, don Benjamín Vicuña Mackenna se dirigió al general Mitre, reanudando su correspondencia, interrumpida durante algunos años. “El señor don Gregorio Beéche — dijo en esa carta — me escribió hace seis u ocho meses que el gobierno de Buenos Aires había aceptado la compra de la *Historia* del padre Lozano (que aquel caballero se dignó hacer a mi nombre) por la suma de mil pesos. Después no he tenido ninguna otra noticia de ese negocio, debido sin duda a las extraordinarias circunstancias en que el país y usted personalmente se han visto comprometidos”. Pedíale que comisionase a una persona de confianza para recibir el precioso texto, y anunciaba que, como medida de precaución, estaba haciendo sacar una copia que también pasaría al adquirente.

Diez y nueve meses dejó trascurrir el general — que ya cumpliera el primer año de su presidencia de la República — sin contestar a su amigo chileno, cuyas cartas recibiera “en

en su publicación. Vuelto a su país, habría tenido a honra asociar su nombre como editor, al del historiador copioso que al mismo tiempo que ha sufrido las duras críticas de Azara, ha servido a éste y a otros de buen guía en el laberinto de la historia política antigua de estos países, sin excluir al Deán Funes que a cada momento se refiere a la historia *M. S.* de Lozano. Hasta el año de 1833 existió este volumen en aquel establecimiento público, como consta del nº 3149 de la Gaceta Mercantil de Buenos Aires, en el cual se registra la lista de las obras devueltas a la Biblioteca por el gobierno. En 1852 ya no existía.

“Fué en vano que el Sr. Sastre revolviese e indagase. El manuscrito no pareció con gran sentimiento del ministro, quien si hubiera continuado más tiempo en su puesto habría hecho levantar una severa indagación judicial, en demanda de un monumento tan importante, que no pueden dejarse arrebatarse los pueblos sin mengua de su decoro y de sus tradiciones nacionales.

“Quiera Dios que no haya sucedido lo mismo con la copia en buena letra y en dos volúmenes en folio (pergamino) que existía en la Biblioteca de Montevideo... Volviendo a Gutiérrez, notaremos que en 1856 escribió una carta a D. Justo Maeso, que acababa de reimprimir la obra de Funes, para que publicase la de Lozano, valiéndose de la referida copia. Nuestro apreciable amigo el Sr. Von Gulich, ministro de Prusia, nos habló de esta carta, publicada en el *Nacional* de Montevideo, donde la hemos leído, aunque sin la firma del autor.” (*Juan María Gutiérrez*, en el volumen VI, págs. 11-13, de la *Biblioteca Americana*, Buenos Aires, 1859).

los campamentos, o en la víspera de las batallas, o al prepararme a marchar a alguna nueva campaña”, circunstancias que explicaban su “aparente ingratitud”. Lo hizo cariñosamente el 29 de octubre de 1863. Refiriéndose al manuscrito, trazó una breve recapitulación de las negociaciones hasta el momento en que las había interrumpido, a la espera de que le confirmasen si era o no el verdadero original, y agregó:

A esa sazón vi en el interesante catálogo de su biblioteca que puso usted a la venta, que al hacer mención del manuscrito lo ponía usted como enajenado al gobierno argentino, y poco después recibí su última carta en que renovaba su anterior oferta. Me disponía a contestarle reiterándole la que le había hecho por conducto de Gutiérrez y de Beéche, cuando supe que usted lo había enajenado a este último, por una cantidad mucho menor, creo que por doscientos pesos, lo que me hace creer que tal vez ha habido mala inteligencia en este negocio. Pero como se me ha informado al mismo tiempo que usted ha enajenado el manuscrito con la condición de que si el gobierno argentino lo comprase por mayor cantidad, la cantidad sería partible entre ambos, reitero ésta mi formal oferta de adquirirlo por la cantidad de 500 pesos, incluyendo en él la copia que según informes de Beéche debía ir junto con el manuscrito encontrado por usted. Si no estoy mal informado, y usted está conforme con esto, puede verse con Beéche, a quien escribo en esta misma fecha, autorizándolo por la compra y remisión del manuscrito, librando por su importe, por medio de alguna de las casas de comercio que tienen relaciones con nuestra plaza.

Escribió, en efecto, aquel mismo día, al cónsul bibliógrafo. “Siempre he recordado con gusto la época en que nos viéramos en Valparaíso, y espero que continuaremos nuestra relación por medio de esta amistosa correspondencia” — comenzó declarando el Presidente Mitre al iniciar ésta —. Y repitió a continuación lo que escribiera al señor Vicuña sobre la negociación de la antigua pieza...

La información que tenía el general era exacta: aquellos papeles pertenecían ya al señor Beéche. Cansado de esperar que el gobierno de Buenos Aires se resolviese a adquirirlos, don Benjamín Vicuña Mackenna, que necesitaba dinero, había-se dirigido al cónsul, en carta del 11 de marzo de aquel año de 1863, haciéndole estas proposiciones: “Le vendo a usted en 300 pesos la obra, y usted queda en darme la mitad de lo más que saque de ella, negociándola con el gobierno argentino.

O bien usted compra en 500 pesos el manuscrito y hace el uso que le parezca de él”. Al día siguiente habíale contestado el cónsul, asegurándole que si la indudable diligencia del doctor Gutiérrez no fructificaba, debíase a la penuria del tesoro argentino, y aconsejándole esperar un poco más, si las circunstancias se lo permitiesen. Acerca de las proposiciones de compra personal, después de manifestar que sus recursos eran muy escasos debido a que el Banco de Valparaíso no diera dividendos en tres semestres consecutivos, decíale:

Si usted quisiera complacer mi gusto por la bibliografía americana, haciendo un sacrificio en obsequio de mi vieja manía, acepte doscientos por el manuscrito original y treinta pesos por la copia, en la segura inteligencia de que si lo tomo no es con el ánimo de venderlo ni de especular con él. Todo mi interés, tonto si se quiere, está reducido en ser dueño del M. S. y colocarlo en mi estante. Si en algún tiempo me viese precisado a desprenderme de él y obtuviese algún beneficio, no trepidaré en partirlo con usted, como también le cederé algunos ejemplares en el caso de que mis finanzas me permitiesen hacerlo imprimir.

Al contestar la carta del general Mitre, el señor Beéche envióle copia de esas dos para documentar su proceder. El caprichoso destino había puesto espontáneamente en sus manos lo que antes anhelara, según se desprende de este párrafo: “Cuando vino Vicuña, en 1861, me mostró el M. S. y le ofrecí por él 300 pesos. Me contestó que tenía oferta de 500 pesos para la biblioteca de la Universidad, pero que esperaba obtener mil pesos. Yo le habría dado esa cantidad, pero siendo esto imposible por mis circunstancias financieras, dejé correr la bola, a pesar de que se me iba el alma detrás del M. S.” Ahora era suyo; no dudaba que fuese “original y auténtico”. El colector saboreaba su conquista. ¿Habría de cederla, así fuese al gobierno de su país? Y el buen bibliógrafo, olvidando que era un cónsul que se dirigía al Presidente de la Nación, pero teniendo muy presente que escribía al más destacado bibliógrafo de la Argentina, dió al asunto el corte final con estas palabras inequívocas: “Todo este largo preámbulo le hará conocer lo poco dispuesto que estoy para quitarle a mi biblioteca americana su mejor y más interesante monumento. Lo que puedo ofrecerle es hacer continuar la copia principiada por el señor Vicuña, para que se imprima en ésa”.

El general Mitre no insistió. “Impuesto de lo que usted me dice acerca de lo ocurrido con el manuscrito del padre Lozano — escribió a su nuevo poseedor el 9 de enero de 1864, — y en vista de la resolución de usted de conservarlo en su biblioteca, nada tengo que observar, salvado, como ha quedado ya, el compromiso de honor en que consideraba colocado al gobierno que presido, para con nuestro amigo Vicuña, por la oferta que le había hecho por intermedio de Gutiérrez para la adquisición de aquel manuscrito”. Aceptaba y agradecía, además, la copia ofrecida, pidiéndole que fijara su costo y las condiciones para el caso de que el gobierno se decidiese a imprimir la obra. El señor Vicuña, por su parte, manifestó al general su satisfacción por el desenlace del largo proceso. “Yo estoy muy contento — declaró sin reticencia — que un bibliógrafo tan inteligente como el señor Beéche sea el poseedor de ese tesoro histórico”.

La obra fué publicada años más tarde (1873-75) por don Andrés Lamas, quien la precedió con un extenso estudio. Decepcionó casi enteramente al general Mitre¹⁾. Pero la última palabra de la negociación trasandina correspondió al propio descubridor del supuesto tesoro. Fallecido el señor Beéche en 1878, don Benjamín Vicuña Mackenna publicó el catálogo razonado de la biblioteca de su amigo, y al anotar en la sección de manuscritos, el del padre Lozano, halló una oportunidad preciosa para afirmar una vez más la autenticidad del que fuera suyo, señalar la impureza del utilizado por Lamas y reseñar en pocas líneas el descubrimiento y la enajenación de la reliquia. “El negociador — dijo allí, con espiritualidad — como ciertos apoderados a quienes se encarga recibir por otro la mano de linda novia, enamoróse tan perdidamente de la prenda, que fué fuerza dejarla en sus manos, si bien perdimos en el cambio las tres partes de la gala...”

¿Las tres partes? ¡Si don Benjamín hubiera sabido lo que el “negociador” pensara después de adquirir la “prenda”!

1) En carta del 18 de marzo de 1874, dirigida al editor y prologuista, el general expuso con franqueza su opinión sobre el Padre Lozano y, con explicable eufemismo, sus reparos a la “Introducción”. Pero al año siguiente (20 de octubre), en carta a Barros Arana, desnudó su pensamiento.

Nosotros lo sabemos. Una carta inédita de D. Gregorio Beéche a D. Juan María Gutiérrez, datada en Valparaíso el 30 de abril de 1863, dice textualmente: “Con que Lamas tiene una copia de la obra del Padre Lozano? Si yo hubiera tenido una idea de esto, no le habría dado a Vicuña lo que le pagué por la que tengo”...

Rafael Alberto ARRIETA